

Lucía Ortiz Camacho
IES Diego Tortosa (Cieza)
MURCIA



Una gota de sangre cae sobre mí. Se posa delicadamente sobre una de mis finas hebras verdes, que pasa desapercibida entre todas las que tengo. La gota resbala hacia el suelo a una velocidad vertiginosa, pero aquel diminuto punto escarlata me da el tiempo suficiente para pensar.

Sé lo que viene a continuación porque lo he visto mil y una veces en el transcurso de la historia, en muchos lugares distintos. Como esperaba, pronto empiezo a empaparme con litros de sangre y a escuchar el fragor de la batalla. Es una guerra.

No era la primera guerra que veía, porque yo he estado presente en todas y cada una de las disputas. ya no me sorprendía ser pisoteado por cascos de caballo o zapatos de metal. Ni siquiera me molesta que, de vez en cuando, me arranquen pedacitos de un puntapié o ser ocasionalmente cortado por una espada desviada. No me gusta, pero ya estoy acostumbrado a ello.

Lo que en realidad no soporto es que se maten entre ellos. Se clavan espadas, se dan puñetazos y se disparan flechas, todo ello entre miembros de la misma especie. Todos eran humanos, pero eran incluso peores que los animales.

Al principio yo estaba tranquilo. Vivía feliz y en calma, rodeado del resto de seres vivos. Estaba en una continua paz, alterada únicamente por mordiscos de algún animal hambriento. Es entonces cuando llegó la humanidad.

Sin previo aviso, apareció caminando sobre mí. Era una criatura bípeda, que caminaba erguido y siempre miraba hacia arriba, hacia las estrellas. Era un ser hermoso, infinitamente puro y sin rastro de malicia en sus ojos. No esperaba que fuese a causarme tantos problemas.

Antes de poder darme cuenta, ya había cientos de esas hermosas criaturas y, muy pronto, hubo miles y, después, millones. Eran de todos los colores y tamaños, pero todos tenían aquella belleza en común. Pronto podía encontrar a alguna de las criaturas en cualquier lugar del mundo. Un día, algo cambió.

A la humanidad se le ocurrió tener ideas. Tanto yo como el agua, el viento y el fuego observamos cómo evolucionaban y usaban sus ideas para progresar. Descubrieron el fuego y lo usaron para sobrevivir. Aprendieron que el viento era una buena fuente de energía y que el agua servía para cultivar. Cada vez avanzaban más.

Me dí cuenta de que los hombres podían hacer cosas muy hermosas, casi tan bellas como ellos mismos. Pintaban, esculpían, escribían, cantaban... Mi pasión por ellos crecía y crecía al mismo tiempo que aumentaba su curiosidad y creaban arte.

Pero un día dos personas tuvieron ideas distintas y miles de personas les apoyaron, formando dos bandos. Estas personas comenzaron a discutir, y a partir de entonces surgió la primera guerra. Fue solo cuestión de tiempo que surgieran más conflictos y, en poco tiempo, comenzaron a matarse entre ellos.

Con sus ideas destruían todo a su paso. Su belleza se transformó en otra cosa y su mente se corrompió. Era cierto que todavía quedaban ideas buenas, pero la destrucción que la humanidad había provocado era ya irreversible. Habían condenado la creación entera al fracaso.

Mientras yo pienso, la guerra continúa y yo apenas podía contener el dolor que me provocaba ver tanto sufrimiento. Mi color verde se había tornado rojo con la sangre de las criaturas que tanto adoraba. Me gustaría que parasen de destruirse, que se dieran cuenta de la belleza que todos ellos conservaban en su interior.

“¿Por qué no puedo hacer nada?”, me pregunto triste. “¿Acaso nadie puede detenerles?”. Sigo viendo a los seres humanos, que tanto he amado, comportarse de esa manera sin poder evitarlo. “¿Nadie puede parar las espadas? ¿Nadie puede impedir el avance de sus pies?”

Entonces tengo una idea, cosa que jamás había experimentado. Me lleno de júbilo por parecerme tanto a la humanidad. Si ellos no se detienen solos, ¿por qué no pararlos yo? Puedo crecer para enredarme en sus pies y sus espadas, y así detener la carnicería. Puedo hacer que vuelva a reinar la paz y la armonía.

Solo necesito crecer un poco porque, al fin y al cabo, es mi última oportunidad para saber si puedo salvarles, es mi última oportunidad para descubrirlo.

En efecto, crezco velozmente y me enredo en sus armaduras. Nunca me iré no me soltaré de ellos porque sé que no dudarán en volver a luchar. Se quedarán aquí para siempre, conmigo, convertidos en estatuas.